

tor de donde emana su valor es cierto modo fuera de serie. Anunciada como obra inicial de una trilogía o de un cuarteto cuyo título sería "La condición del hombre", su autor se excusa por esta presentación fragmentada de la que considera una novela "concebida como un continuo". Nuestro juicio crítico debe así someterse a un prudente compás de espera. Pero cabe establecer desde ya algunas apreciaciones indudables. La obra, concebida en su totalidad hasta la segunda guerra mundial, comienza en la primera postguerra y abarca en este primer tomo hasta los días posteriores al fracasado putsch de Munich de 1923. Iniciada en Inglaterra, la acción pasa a Alemania conjuntamente con el personaje principal. Las escenas, presentadas en orden cronológico, se ocupan sucesivamente de un grupo u otro de los personajes; y entre ellos, guardando un nexo temáticamente débil con el resto de la trama, Luddendorff, Hitler y Goering son presentados en los comienzos del movimiento nazi, en circunstancias que difieren bastante de las que se conocían, en base —según aclara el propio autor en una "nota final"— a testimonios poco utilizados, entre ellos una carta del comandante Goetz que fuera publicada por ese entonces en la prensa de su país. Se pretende abarcar de tal manera la situación social y espiritual de una época tan trascendental. Se describe así la que se vivía en Inglaterra, distraído reino de la "Razón" liberal, afectado por una esencial debilidad emocional para odiar y para amar en pequeña escala, debilidad mal disimulada por un enervante amor intelectual a la humanidad en pleno, y que será consecuencia —dice el autor— de un "laissez faire" peligroso y contrario a la naturaleza humana. Según Hughes, la naturaleza humana necesita en efecto del pecado como agente, de ese Mal que recién pudo procurarse

en Inglaterra como referencia propicia cuando Bélgica fuera invadida por los alemanes. Nació entonces en cada inglés la conciencia del Yo, en tanto en Alemania un difuso pero nro resentimiento excitaba tensiones malignas, de las que el nazismo no fue sino una de sus expresiones más extremas y definidas. Este odio creó consecuentemente sus propios enemigos e inventó asimismo un "nosotros", racial y heroico, en el que se adensó un sentido en cierto modo morboso de la confraternidad. El talento del autor se evidencia tanto en el análisis explícito de tal situación, cuyos matices y sugerencias no podemos resumir aquí, como en el tratamiento de los personajes, incluso de los niños, desde adentro de sus gestos e ideas, con un raro ajuste entre el ritmo del relato y la clase especial de ideación y conducta que singulariza a cada personaje de acuerdo a su edad o a su carácter. Las escenas cobran además, veladamente, una dimensión simbólica, como en un zorro cuya presencia inquietante apenas percibimos en algunos momentos, dando relieve e intención a situaciones que estaban reclamando esa manera oblicua de manifestarse. El estilo es casi siempre ágil, realizado discretamente por la ironía y el humor. Y pocas veces la ficción, elevada a expresión de una época, puede pretender, como aquí, el derecho a ser tomada como historia. Puede creerse que abunda el episodio al parecer trivial, pero si se lee mejor, es muy difícil considerarlo como desperdicio. Todo se sostiene bien y nada suena finalmente a falso o a forzado.

W. L.

(*) RICHARD HUGHES: EL ZORRO EN LA BOHARDILLA. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1963, 358. pp (Trad. Matilde Horne.

La condición del hombre en la guerra

La construcción de la novela, (*) de por sí, no carece de originalidad, pero es sobre todo de la aguda y alerta sensibilidad del au-